

Mi experiencia de vivir mística y profecía

Raquel Saravia

Considero que mi vida religiosa ha sido una larga experiencia de Dios, que me ha conducido por su Espíritu por caminos insospechados y me ha abierto a la lucha por la solidaridad, la justicia y la paz; me ha inundado de su amor para salir y mostrar lo que Dios hace en la vida de los seres humanos. Todo esto me ha llevado a la conversión y me ha conducido a una pasión profética que brota de la experiencia misma que mira la realidad desde Dios.

Por eso hoy quiero compartir algo de mi historia. Llegó el día en que decidí seguir a Jesús en radicalidad, fue un 6 de enero. En mi corazón sonaban las estrofas del canto:

*"por escuchar a la voz que dijo
faltaba gente para sembrar,
dejé mi casa, salí corriendo silbando fuerte por no llorar y
me alisté entre los obreros que dejan todo por la verdad..."*

Los primeros años fueron difíciles, pero siempre ilusionada por seguir a Jesús, inicié mi misión dando clases en un colegio, donde fui feliz en medio de las jóvenes y les transmití mi entusiasmo, en la donación a los demás.

Hasta que un día me topé con Jesús en los pobres de mi pueblo.

* Colaboradora con este número de Diakonia. 125, (Marzo 2008). Pertenece a la Congregación Sagrada Familia, Guatemala

La "Operación Uspantán" fue un programa de servicio a las áreas rurales que estaban muy abandonadas, para mí fue una gracia que me concedió el Señor para amar a mi Amado en los pobres sufrientes de mi tierra y mi corazón se expandió, mi amor se hizo carne en los crucificados de mi tierra. ¡Cuánto hice por aliviar su dolor!, a cuánto me comprometí, cuánto me entregué porque vieran que yo los amaba como Jesús.

La violencia se ensañó en mi país, cada día caían por la represión del ejército catequistas, mujeres, niños, niñas, jóvenes, amigos sacerdotes, gente comprometida por la justicia y la paz. En ese tiempo era vice-presidenta de la Confederación de Religiosos de Guatemala (CONFREGUA) y junto con mis compañeros tuvimos que pronunciarnos ante tantos males y denunciar las situaciones de pecado. Guiados por los documentos de la Iglesia e inspirados por la palabra de Jesús, escuchamos con fuerza: "La Iglesia de nuestro tiempo encuentra una viva resonancia en la misión profética de Cristo enviado para anunciar a los pobres la Buena Nueva" (P.H. 2)

Como consecuencia tuvimos que sufrir lo mismo que el pueblo y aceptar ser tratados como subversivos, comunistas y tantas cosas más, que nos llevó a ser acusados y a la persecución. El exilio fue la consecuencia de ese amor y por eso puedo decir: ¡cuánto lloré mi salida de Guatemala, pero cuánto amé!

*Y habrá un día en que todos
al levantar la vista
veremos una tierra
que ponga libertad...*

Y me fui a Roma, a estudiar Teología, pues le pareció a mi Congregación que en ese momento era mejor salir de Guatemala. A veces creía que eso era castigo, otras me sentía que estaba acompañando al pueblo en la huida, la peregrinación, el éxodo, pero en mi corazón seguía la firme convicción de que tenía que tener fe y seguir construyendo una Guatemala distinta. El dolor me seguía acompañando, desde allí seguía el acontecer de mi país, me partió el corazón escuchar los asesinatos de varias exalumnas, de amigos religiosos, y la larga lista de mártires que seguían dando su vida desde la fe por la justicia y la paz. Pero también, allí leí mucho, estudié, me preparé

y cuando me entraba la depresión, reflexionaba las homilias de Monseñor Romero y le pedía que me ayudara y me diera el amor a Dios y al pueblo que él tenía.

Pero como no podía estar tranquila, me sentía urgida por un dinamismo interior, todos los domingos, junto a un amigo sacerdote guatemalteco, visitábamos muchas casas religiosas, grupos de solidaridad y dábamos charlas en grupos de personas de buena voluntad que querían escuchar nuestro testimonio.

Y así también pude conocer a tantos hermanos y hermanas valiosos que nos escuchaban, nos animaban y nos ofrecían toda su ayuda.

*Al borde de los canales
que pasan por Babilonia
nos sentábamos llorando
al recordar a Sión...
allí los que nos deportaron nos pedían:
cantándonos cantares de Sión,
¿cómo íbamos a cantar en tierra extranjera?...*

Llegó el día del regreso, pero como no podía entrar a mi país, pues continuaba una fuerte represión, la Congregación me permitió ir a México junto con otras hermanas a ejercer mi misión entre los refugiados guatemaltecos, que estaban saliendo por miles de mi ensangrentado país.

Fue un tiempo de mi vida que me pareció vivir en el cielo: era una persona dinámica, alegre, llena de fe, con grandes esperanzas de transformar Guatemala, abierta a Dios y a su gracia, totalmente feliz, que lo amaba, me dolía lo que pasaba en mi país, con incertidumbres por el futuro del pueblo, pero con sueños de esperanza.

El trabajo fue duro, pero mi alegría se desbordaba al poder servir a mi pueblo el más pobre y perseguido. Desde Chiapas, a donde llegaron unos 100,000 refugiados, el gran Obispo Samuel Ruiz nos propuso montar una Secretaría de Refugiados, desde donde podíamos ejercer la solidaridad con nuestro pueblo: comprábamos todo lo que se necesitaba en los campamentos: desde un camión hasta miles de molinos de maíz, semillas y tantas cosas más. Desde la Secretaría recibimos a

cientos de personas interesadas por los refugiados, representantes de agencias, estudiosos, periodistas, y personas solidarias. Tuvimos la oportunidad de visitar a cientos de comunidades, iglesias, y grupos de solidaridad del sur al norte de México para hablar por nuestro pueblo y pedir la solidaridad.

El pueblo mexicano respondió notablemente, la solidaridad se hizo "ternura en el corazón de los mexicanos" y también en el recio y valiente corazón de Don Sergio Méndez Arceo, Obispo de Cuernavaca y en las palabras ardientes y visitas de Don Pedro Casaldáliga y de tantos otros, religiosos y religiosas, laicos que se preocuparon por la situación de dolor de los hermanos. Participé junto a ellos en el Secretariado Internacional de Solidaridad Monseñor Romero, (SICSAL) que sigue en pie defendiendo y solidarizándose con todos los pueblos que sufren.

Pero los días más felices eran cuando podía ir con mis hermanos al sur, a los campamentos y compartir con ellos cursos de catequesis, coyunturas, pero sobre todo creía animarlos en la fe, pero siempre era yo la que regresaba llena de Dios por el testimonio que nos daban de perdón, reconciliación y esperanza, a pesar de los horrores que habían vivido y la pérdida de un sinnúmero de familiares. La lucha por la vida, su resistencia en medio de las penas y la lucha por su liberación surgían de una fe profunda en el Dios de los pobres.

Diez años me concedió el Señor pasar en esta experiencia que marcó mi vida y me hizo profundizar la presencia de Dios en medio del éxodo de su pueblo.

*Qué detalle Señor has tenido conmigo,
cuando me llamaste, cuando me elegiste...
Han pasado los años
y aunque aprieta el cansancio
codo a codo te sigo
sin mirar hacia atrás.*

Creí que al regresar a Guatemala me esperaban años de descanso, quietud, quería escribir la historia de mi pueblo, pero el Señor me pedía que diera más...

Quería que transmitiera mi experiencia y memoria a la vida religiosa y así fui nombrada: Regional de mi Congregación,

Presidenta de CONFREGUA, vice-presidenta de la CLAR y ahora Maestra de Novicias.

He seguido paso a paso el caminar de la vida religiosa latinoamericana: como los discípulos de Emaús, he estado al lado de Él en busca de respuestas, he rememorado la historia de mi vida y me he lamentado de que el camino de la vida religiosa está un poco oscurecido.

Pero quiero seguir transmitiendo el gozo de sentir fuego en mi corazón al escuchar al Maestro y pedirle que se quede para de nuevo volver al "primer amor" y me entusiasme a seguir descubriendo su presencia en esta nueva y confusa historia.

Sigo peregrinando en estos tiempos de cambios y búsquedas, buscando lo esencial, poniéndome en la dinámica del Espíritu en una disponibilidad espiritual a lo imprevisible.

Quiero seguir amando y luchando por mis hermanos los pobres y seguir creyendo que son el reflejo más puro del rostro sufriente de Dios.

Por todo eso, quiero seguir cantando como el Magnificat:

Me alegro en Dios, me alegro en Dios y alabo a mi Señor...